

# Velázquez un genio de la Pintura

Mercedes Gordon



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 1999, by Mercedes Gordon y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

[www.editorialcasals.com](http://www.editorialcasals.com)

[www.bambulector.com](http://www.bambulector.com)

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: AISA, ALBUM, CORBIS/CORDON PRESS

Fotografía de cubierta: Autorretrato de Diego Velázquez, hacia 1650.

Museo de Bellas Artes San Pío V, Valencia.

Tercera edición: marzo de 2011

ISBN: 978-84-218-4793-0

Depósito legal: M-7311-2011

*Printed in Spain*

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 1970 / 93 272 04 45).

## Índice

<b>1</b>	<b>Un niño nace en Sevilla</b>	<b>5</b>
<b>2</b>	<b>Aprendiz de pintor</b>	<b>13</b>
<b>3</b>	<b>Boda y taller propio</b>	<b>21</b>
<b>4</b>	<b>El sueño de la corte</b>	<b>29</b>
<b>5</b>	<b>El pintor del rey</b>	<b>37</b>
<b>6</b>	<b>Rubens y Velázquez</b>	<b>47</b>
<b>7</b>	<b>¡Italia, mi ventura!</b>	<b>57</b>
<b>8</b>	<b>El gran Velázquez</b>	<b>65</b>
<b>9</b>	<b>El buen Retiro</b>	<b>77</b>
<b>10</b>	<b>Italia otra vez</b>	<b>89</b>
<b>11</b>	<b>Caballero de Santiago</b>	<b>99</b>
<b>12</b>	<b>Una muerte inesperada</b>	<b>107</b>
	<b>Cronología</b>	<b>115</b>

## Un niño nace en Sevilla

Habían pasado las lluvias de la primavera y junio entraba muy caluroso aquel año de 1599 con el que finalizaba el siglo XVI. En el patio de una sencilla casa de Sevilla, al caer la tarde, Jerónima Velázquez se balanceaba en una mecedora y hablaba con su marido Juan Rodríguez de Silva.

—Este crío va a llegar pronto. Estoy deseando tenerlo en mis brazos.

—Ya te falta muy poco, mujer, es cuestión de unos días —le tranquilizaba el marido.

—Mi intuición de madre me hace pensar que será con el tiempo un hombre importante. Porque es un niño, te lo digo yo, y muy especial, será un triunfador.

Jerónima hubiera seguido exponiendo sus premoniciones como todas las tardes si Juan no le hubiera atajado diciéndole:

—Calla, mujer, que me pones nervioso con tus presentimientos. Cómo vas a saber tú si es niño o niña. Lo que me importa ahora es que nazca bien y que resistas tu primer parto. ¿Entiendes?

Jerónima calló y al poco rato exclamó casi en un grito:  
—Juan, ¡ya viene, ya viene! Corre ve a llamar a mi madre.

Juan salió como una exhalación en busca de las vecinas.

Nació un chico, sano y hermoso, que bautizaron el 6 de junio de 1599 en la parroquia de San Pedro con el nombre de Diego en recuerdo de su abuelo paterno, Diego Rodríguez de Silva. El padrino fue Pablo de Ojeda pintor de imaginería. ¡Y vaya si tuvo mano con el ahijado!

—A ver si me ayudas a hacer de este niño un gran hombre y le enseñas tu oficio —le decía Jerónima a Pablo de Ojeda cuando le entregó la criatura ya cristianada.

Los Rodríguez de Silva eran oriundos de Oporto y el abuelo del recién nacido junto con su mujer, Juana, habían emigrado a Sevilla a poco de realizarse en 1580 la adhesión de Portugal a España por herencia de Felipe II, hijo de doña Isabel de Portugal.

Jerónima Velázquez era, en cambio, una sevillana de pura cepa, de buena familia, hija de Juan Velázquez Moreno y de Juana Mexía, apellido de cierto abolengo, que se había casado con Juan Rodríguez de Silva un año antes en la misma parroquia de San Pedro. El matrimonio tuvo otros seis hijos: Juan, Fernando, Silvestre, Juana, Roque y Francisco.

El niño Diego Rodríguez de Silva y Velázquez venía al mundo un año después de la muerte de Felipe II, cuando comenzaba el reinado de Felipe III, que era el primero de los llamados Austrias menores. Carlos I y Felipe II eran los Austrias mayores.

Diego tenía seis años —ocurría en el año 1605— cuando nació el príncipe Felipe Domingo, futuro Felipe IV,

que, con el tiempo, nombraría al niño sevillano primer pintor de su corte.

Sevilla era, todavía entonces, una de las grandes ciudades europeas, tanto o más rica que Venecia, París o Bruselas. Con sus ciento treinta mil habitantes en 1600, era la mayor ciudad de España.

Al pie de la Torre del Oro, surcando Guadalquivir arriba, llegaban cargados de tesoros los barcos procedentes de las Indias Occidentales, o sea, de América. Aún se contaban en las plazas y calles las aventuras del descubrimiento y la conquista cuya epopeya estaba viva, en marcha. En Sevilla latía el corazón del Nuevo Mundo. La Casa de la Lonja, proyectada por Juan de Herrera, el arquitecto de El Escorial, fue concluida un año antes de nacer Velázquez. Hoy es la sede del Archivo de Indias.

El poeta y autor de obras de teatro, Lope de Vega, la cantaba así:

*Río de Sevilla, ¡qué bello eres!  
Con galeras blancas y remos verdes.*

Y el escritor Mateo Alemán en su novela de costumbres, *Guzmán de Alfarache*, publicada el año en que nacía Velázquez, había escrito que Sevilla era especial que tenía *un olor de ciudad, otro no sé qué, otras grandezas...* y la situaba por encima de Madrid y Valladolid, las dos ciudades rivales en la capitalidad de los reinos de España.

Miguel de Cervantes, que había publicado en 1605 su primera parte de *El Quijote*, situaba en Sevilla episodios de sus *Novelas ejemplares*. Los dos golfillos protagonistas

de una de ellas, Rinconete y Cortadillo, actuaban ante la puerta de los naranjos de la catedral.

En esa Sevilla radiante, cuyo esplendor comenzaría a declinar a partir de 1615, transcurre la infancia de Diego, la entrañable vida familiar con la llegada de sucesivos hermanitos, sus juegos y sus escapadas al río con su hermano Juan, un año menor que él, y los otros chiquillos del barrio.

En la fina arena de la playa del Guadalquivir, Diego dibujaba ese día de julio con una varita seca de abedul. Los chiquillos se agrupaban a su lado con curiosidad.

—¿Qué haces?

—Dibujo al perro tendido que nos mira desde allí, ¿lo ves?

—Es verdad, qué bien te sale. Parece que nos ladra.

¿Quién te ha enseñado?

—Nadie.

—¿Qué quieres ser de mayor? —pregunta un chaval a Diego.

—No lo sé. Mi padre verá. Aún soy pequeño. No he cumplido los diez años.

Juan sorprende a todos cuando dice:

—¿Queréis que os cuente un secreto?

—Pues claro, chico. ¡Vaya pregunta!

—Cuenta ya —grita Roque.

—He oído a padre hablar con madre y decían que en cuanto tengamos la edad, nos van a colocar a Diego y a mí en el taller de un pintor importante de Sevilla. Que lo tienen hablado con tu padrino Pablo de Ojeda.

—¿Pero qué dices?, Juan, yo no he oído hablar de eso, pero sí que me gustaría, sí que me gustaría —comenta Diego con aire soñador.

Dando brincos por las calles, los chavales vuelven a sus casas, pero antes se detienen a mirar los barcos y el ir y venir de los marineros y de las chiquillas que bailan por sevillanas:

*Arenal de Sevilla,  
Arenal de Sevilla,  
Arenal de Sevilla  
y olé  
Torre del Oro.*

En casa de los Rodríguez de Silva, la cena está dispuesta, es suficiente pero bastante frugal. La familia es numerosa. El padre, Juan, no es rico ni pobre, pero tiene un buen pasar. Vive de las rentas de unas casas que posee en la misma Sevilla y trabaja como familiar del Santo Oficio, el organismo de la Inquisición que vela por la pureza de la fe y las costumbres. La despensa no está vacía y la madre, Jerónima, es una excelente ama de casa.

Esa noche cuando el padre hace la señal de la cruz en la frente de los niños antes de enviarlos a la cama, Diego pregunta a bocajarro:

—Padre, ¿es verdad que usted nos va a poner a Juan y a mí en el taller de un pintor para que aprendamos?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me he enterado, padre. Dígame si es cierto.

—Hablabamos mañana, hijo, ya es hora de dormir.

—Pero si es que a mí me gusta la idea, pero a Juan no.

—Pues sí, es verdad. Mañana te contaré. Porque aún te queda un año para que esto suceda, será cuando cum-

plas los once. Antes te haré la prueba de que dibujes la Torre del Oro. ¿Estás de acuerdo?

—Claro que sí, pero dígame, padre ¿por qué se llama la Torre del Oro?

—Mira, dicen que antiguamente estaba recubierta de azulejos dorados y que de ahí le viene el nombre, pero también cuentan que es por los tesoros llegados de América que se descargan delante. En realidad era una torre defensiva de los almohades y tenía otra semejante al otro lado. De noche tendían una gruesa cadena para impedir que los barcos salieran del puerto.

—Sabe qué le digo, padre, pues que también voy a dibujar la Giralda, que yo sé que era un minarete árabe que los cristianos transformaron en campanario cuando el rey Fernando conquistó Sevilla.

—Muy bien Diego, veo que sabes la historia de la ciudad, pero ahora, ¡hala, a dormir!

Esa noche Diego pensó mucho imaginándose cómo sería eso de ser aprendiz de pintor. La idea le gustaba: dibujar, pintar, manejar carbones, colores, pinceles, reflejar el mundo en las telas a su manera. Sentía que tenía suerte, pero le entristecía la idea de dejar su hogar y apartarse de sus padres y no poder bajar a la calle o escaparse al río cuando le diera la gana. Hasta donde sus diez años se lo permitían se daba cuenta de que su vida iba a cambiar.

Al fin, se durmió y a la mañana siguiente ni se acordaba ya de ese asunto. Pidió a Jerónima un pedazo de pan con aceite y se fue a la calle.

—¿Adónde vas tan deprisa, Diego? —le preguntó su madre desde la puerta.

—Al río a bañarme —gritó el chico ya desde lejos.

Mientras se secaba al sol del caluroso verano, Diego se acordó de la conversación de la víspera y decidió pedir a su padre que no esperase un año porque a él le gustaba dibujar y quería aprender cuanto antes a pintar como esos sevillanos de los que la gente hablaba tanto. También pensó ayudar a su hermano Juan y convencer a su padre para que le diera otro oficio en lugar del de pintor, como de hecho sucedió. Juan no fue pintor, sino comerciante.

Luego, Diego sacó su varita de abedul y se puso a dibujar en la arena.